

LOS ZAPATOS ROJOS

Mariano García Hernández

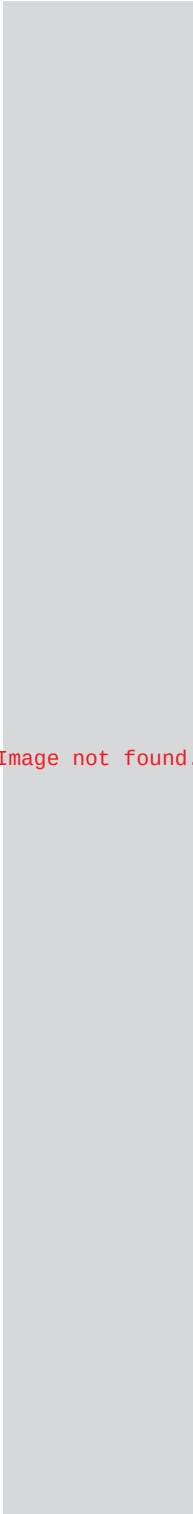


Image not found.

Capítulo 1

LOS ZAPATOS ROJOS

—Hola, ¿se puede?

—Sí claro, adelante pase.

Levanté la tapa naranja del contenedor y me colé dentro.

—Buenas, Soy Martín de Porres— una sonrisa se dibujo en mi rostro.

—Anda como...—me interrumpió

—Sí, sí, ese. ¿Y usted como se llama?

—Hugo Silva.

—Anda como...—le interrumpí.

—Sí sí, ese, el guapo.

Rotos los inicios y con la confianza que da encontrarse dentro de un contenedor de basura, proseguimos.

—Verá usted, yo es que no sabía dónde ir a estas horas a buscar unos zapatos rojos que le gustan a mi mujer, bueno, a mi segunda esposa, y había pensado que a lo mejor aquí...

— ¡Que va, que va!, yo de usted buscaría en los de la calle Velayos, o en la avenida Fuentelarreyna. Por allí hay alguna embajada y a lo mejor tiene usted suerte. —me respondió mi nuevo amigo. Al que todavía no le conocía de cara porque ya se sabe que dentro de un contenedor con la tapa cerrada, está oscuro.

—Muchas Gracias. Y por cierto, ¿usted busca algo?

—Pues unos trocitos de algo para llevar a la boca para que coman mis gandules.

— ¡Ah!, pues he oído en el contenedor de la esquina, por cierto oiga, todos los que estaban dentro, muy mal educados eh, ni las buenas noches me dieron. Hablaban que en el contenedor de la calle Peguerinos, el que está al lado del hotel, cuando terminan el turno de cocina, sacan los restos de la cena y parece ser que hay muy buenos manjares, pero que hay que darse mucha prisa, la cola para levantar la tapa y meterse dentro

es inmensa.

—Pues muchas gracias, me daré una vuelta por allí. Suerte con los zapatos—, escuché a modo de despedida.

Mis pasos se encaminaron hacia la calle de Guisando, cerca de la embajada de Mauritania. Me subí el cuello de la gabardina, y apreté mis manos dentro de los bolsillos. Di la vuelta a la esquina, y ahí estaba, precioso, limpio, con su gris reluciente y su tapa naranja llamándome, era nuevo, seguro.

—Hola ¿se puede?— ante todo educado.

—Si claro, adelante, hay sitio pase—, escuché una voz que parecía ocupada.

—Buenas, soy Martín de Porres,

—Anda, como...

—Sí, sí ese, — le interrumpí. ¿Y usted?

—Pablo Neruda.

—Anda, como...

—Sí, sí, lo sé como el poeta, — me interrumpió, — ¿y qué le trae por estos lares buen hombre?

— Verá usted, yo es que no sabía dónde ir a estas horas a buscar unos zapatos rojos que le gustan a mi mujer, bueno, a mi segunda esposa, y había pensado que a lo mejor aquí...

—Alma de cántaro, las mujeres y sus antojos, — me cortó en mis disquisiciones. — Aquí no he visto yo nada de lo que busca.

— ¿Y usted que hace en este cálido lugar al amparo de tantos deshechos, donde los olores no son precisamente agradables, que digamos? —le pregunté mientras intentaba colocar mis posaderas, sobre un mullido cojín con manchas de difícil adjudicación.

— ¡Pues verá!, — se acomodó en un recoveco entre varias bolsas que usaba a modo de reposabrazos—estoy haciendo en estudio sobre la gente del barrio y sus costumbres. Ni se imagina la información que facilita la basura de una familia.

— ¡Que interesante! —no quise demostrar indiferencia, pero en realidad, me daba igual lo que hubiese dentro de las bolsas, yo lo que quería era

encontrar unos zapatos rojos.

—Mire estas bragas, por el olor deben de ser de una sola puesta, eso significa que aquí hay dinero, y esta lata de caviar, y esta otra de aceite de oliva virgen extra, picual, de primera presión en frío. Se lo digo yo esta gente es de posibles.

—Estupendo, pero por un casual, ¿ha visto usted unos zapatos rojos?, dije ya, con aceleradas palabras y poniéndome en pie, intentando zanzar la conversación.

—La verdad es que no, pruebe usted en el contenedor de la Avenida de Miraflores, al venir hacia aquí, he oído que había una recepción en el número 23 y la señora es de usar muchos colores. Seguro que allí encuentra algo.

Me despedí con un apretón de manos, y para mostrarle mi agradecimiento por la información a D. Pablo, le obsequié con un cigarrillo mentolado.

La noche se me acababa, aceleré el paso hasta que oí muchas voces procedentes del contenedor que estaba en la esquina entre Fuentelarreyna y Navalmanzano. Tenían montada una fiesta. Los cantos, música, risas y taconeos se escuchaban desde donde yo me encontraba.

—Seguro que ahí están mis zapatos. —Me infundió ánimo pensar que mi objetivo podía estar cerca. —Perdón, ¿Puedo pasar? Yo es que no sabía dónde ir a estas horas a buscar unos zapatos rojos que le gustan a mi mujer, bueno, a mi segunda esposa, y había pensado que a lo mejor aquí...

—Pues por aquí he visto yo unos, —mi cara se iluminó, —la voz procedía de un pequeño morenito que me flanqueaba el paso sosteniendo la tapa del contenedor. —Pase pase.

Al iniciar la maniobra de ascenso para introducirme dentro de la fiesta, comenzó a escucharse un traqueteo, un claxon y el batir de unos rodillos con palas, a la vez que vi unos chorros de agua estamparse contra el asfalto.

— ¡Corred, corred!, que vienen los basureros.

La desbandada fue como la de los gorriones al oír un disparo, me quedé de pie, esperando no sé el qué. Mi gozo perdido por un camión.

Los hombres vestidos de amarillo y verde hicieron su trabajo, muy bien por cierto, ni rastro de la fiesta. Enfilaron calle abajo empapando la calle,

a la vez que los rodillos recogían la porquería del suelo.

Les di cuerda a mis zapatos, y comenzaron a volar conmigo dentro detrás del camión.

No podía dejar que mi mujer, bueno, mi segunda esposa se quedase sin sus zapatos rojos.

MARIANO